

EL ABUELO

Estaba atardeciendo, entré al salón y me quedé mirándolo. Allí estaba, sentado en la que ya todos reconocíamos como su butaca, junto a la ventana, con las gafas puestas y absorto en un libro como era costumbre. Me acerqué sigilosamente para no romper esa magia que lo atrapaba, sin embargo, levantó la cabeza, me miró por encima de la montura y me saludó con una sonrisa.

- Abuelo, ¿qué estás leyendo? - le pregunté. Él colocó cuidadosamente su marcapáginas en la parte inferior de la hoja, cerró el libro, lo dejó sobre su regazo y acomodándose sobre el reposabrazos izquierdo se quitó lentamente las gafas mientras yo me acomodaba en el sofá y podía ver en sus ojos ese brillo que se le pone siempre que una gran reflexión empezaba a construirse en su cabeza.

- "*Historia de Dos Ciudades*" cuenta la historia de cómo se vivía en Francia y en Londres un mismo momento de crisis, porque, ¿sabes una cosa? - preguntó, no esperando a que yo le contestara, sino como un pensamiento lanzado al aire - en todas las épocas hay crisis, pero depende de nosotros el recuerdo que la historia guarde de ellas. Hoy, como en ese momento, también estamos en un tiempo de cambios, porque para eso sirven los baches, para replantearnos el camino, cambiar de dirección y mejorar. - En ese momento yo ya no podía ni quería interrumpirle, esa máquina de sabiduría se había puesto en marcha y yo sólo quería escuchar el sonido de los motores. - Hasta hace un mes pensábamos en imposibles, ¡había tantas cosas que eran imposibles! - se quedó un momento en silencio con aire nostálgico y añadió de golpe como si una idea hubiese entrado derrapando en su mente - ¡anda! Era imposible pensar que un virus nos podía tener a todos encerrados en casa -dijo mientras una sonrisa se dibujaba en sus labios. - Pero como siempre, la vida y la historia nos demuestran que, en realidad, no hay nada imposible, tampoco certezas, y que lo más importante es aquello que día tras día no apreciamos: la cercanía de las personas, los abrazos espontáneos, el calor del sol sobre la cara cuando paseamos, la libertad, ... Todo esto ha servido para saber que los imposibles son sólo posibles a los que nos empeñamos en ponerle un "im", porque cuando queremos sacamos el valor necesario para luchar por aquello que nos importa, sacamos tiempo para estar en casa con la familia y conocer mejor a quiénes tenemos cerca y la mayoría del tiempo sentimos tan lejos, somos capaces de sentir la solidaridad del que no conocemos, pero que desde la ventana de enfrente nos mira sonriendo mientras aplaude, valoramos por fin las cosas que antes eran cotidianas y formaban parte de la monotonía, pero sobre todo, hace posible momentos como el que está a punto de llegar.

Yo no entendí a qué se estaba refiriendo, pero noté como se hacía cada vez más intenso el sonido del móvil. En ese momento alargué la mano para alcanzarlo, casi por instinto, y en los segundos que tardé en contestar me golpeó la realidad. Allí estaba yo, tumbada en la cama con una mezcla de sentimientos; nostalgia por el sueño que se acababa de desvanecer, también sentía una tristeza que me encogía el pecho, pues acababa de volver a la realidad, esa realidad en la que seguía a la espera de una noticia desde el hospital, y por último, un miedo que me paralizaba al ser consciente de que esa llamada era la que llevaba dos días esperando. Descolgué y respondí con un hilo de voz mientras el cóctel de sentimientos explotó a modo de lágrimas que empezaban a llenarme los ojos.

- Enhorabuena, acabamos de desentubar a su abuelo. Está consciente y preguntando por usted, dice que sólo quiere abrazarla y contarle el sueño que ha tenido. Por fin el reencuentro se acerca.